

PRECIO: \$ 1.50

REVISTA

DE
ARTES Y LETRAS



Año II.—N.º 3.

1.º de Mayo de 1918.

CONSTITUCIÓN

Apuntes del natural, por Isaías Cabezón

Ediciones de ARTES Y LETRAS

DEL DIARIO ÍNTIMO DE MAGDA SUDERMANN

A Gabriela Mistral,

casi con humildad.

Mi espíritu, sumido de ordinario en un cansancio quieto, adormecido por la pasión del hijo en el cual quiere cultivar todas las bellezas, se levanta impetuoso algunas veces y su clamor de vida es tan hondo como un desgarramiento.

Pierdo el sabor del sacrificio, y la vida golpea impetuosa sobre las llagas de mi corazón.

¡No sé, no sé qué quiero, porque los hombres todo lo hacen pequeño! Algo deseo tan hondo, que su violencia me aniquila, algo que arranque por un instante siquiera esta niebla dolorosa con que vine a la vida.

Quisiera no tener dilemas. Ir hacia la hoguera con los ojos en alto, y no sentirme destrozada interiormente por el fuego lento de las pasiones que no mueren.

Toda causa es pequeña cuando se lleva en el alma esta locura de grandeza.

Caminando iba. La cordillera con su matiz violeta, vaga y transparente, los árboles vencidos, mi inquieto corazón: todo era poesía y evocación de intensidad. Yo iba como huyendo. La ternura hecha un desgarramiento me cerraba los ojos y toda yo era como un sollozo contenido. Me alejé. Las calles estaban

desiertas, hacía frío y los transeuntes pasaban ligeros como movidos por una misma actividad.

Distante ya, un grupo de sujetos me distrajo. Rodeaban a una mujer que les hablaba de bien. Había en todos los rostros curiosidad y sonrisa. Luego ya nadie sonreía. Sus frases llenas de fe se dejaban oír, sencillamente, y había en cada rostro una expresión de bien indefinible. Dejó de hablar, recogió su pequeño piso sobre el cual estaba sentada y antes de retirarse, nos convocó a orar.—«Padre Nuestro que estás en los cielos»—dijeron, llenas de emoción, todas las voces.

—Cómo me ha conmovido esta sencilla escena!— Esa fe quiero!, esa fe que me lleve ciega a todo, derramando mi vida como una corriente serena!

Es de noche y la calle está desierta. Sola, desde mi dormitorio, miro la luna. Su luz suave y transparente, me llena de dulce poesía. No quiero analizar ni el pasado ni el presente. En mí la fuerza del ensueño es superior a todo. Canta y llora mi corazón, como si aun viviera en los quince años. Los de mi raza fueron los más hondos soñadores y algo de sus ensueños perdura aún en mí. Soy toda ternura y violencia de pasión, y así, amo el sacrificio más que mi vida.

Quisiera que me cojeran unos brazos muy míos, y que me dijeran palabras muy mías. Hambrienta está mi alma de ese acento nunca oído. No importa que su grito sea de vida o de muerte, pero quiero sentirlo en toda yo! Toda entera quisiera descansar en el alma de un hombre. Sueños!, sueños de noche de luna! Mi corazón se inclina sobre el hijo dormido y sé que mi vida entera será sólo para él. Hijo, que esta violencia de ideales se torne en ti ambición de belleza. Que tú y los que vienen repartan por la vida mi ternura.

Sensación de alma he sentido en mi sér.

Una mujer se ha acercado a mi vida. Mudadas han sido las palabras y yo diría que nunca sentí un tan hondo impulso de ternura. No hubo recuerdos ni cariños banales, pero yo al pensar que sufre lloro muchas veces y la envuelvo a ella en un deseo de bien tan hondo como el que siento por mi hijo. Tal es mi afecto, que cuando pienso en este trozo vivo de mi carne, en esta vibración de mis nervios hecha un sér, quisiera donárselo, para ver en él reflejado su espíritu. Cuando el cansancio amenaza vencerme, pienso que si ella lo recibiera en sus manos, sería una bendición mi largo sueño. Manantial de ternura te hizo el dolor, santa mujer, y hay tanta pureza de luz dentro de ti, que todo lo dignificas. Léjos ella hace su vida, pero yo sé que si alguna vez su enorme espíritu se inclinara, se bañaría en la suave corriente de mis lágrimas.

Muchas veces pensé, al ver pasar multitudes junto a mí, al sentir la alegre precipitación de la vida, que era duro mi espíritu. Nunca lo conmovieron sus muecas vacías y me eran extraños todos sus afanes. Muchos me tendieron la mano, muchos celebraron la aparente prodigalidad de mi espíritu, pero nadie llegó al punto solo, al punto hondo de mi sér. En el silencio de mi vida, las vibraciones intensas tienen mágicas resonancias. Arrancan sangre. Como un ciego voy, toda oídos siguiendo rastros de lágrimas. Y, esa es mi vida.

Mal estaba y el médico indicó que debía guardar cama. No la dejen ahondar, dicen, temerosos. Como si hubiera, para espíritus como el mío, otro punto de refugio.

Una amiga, que no es violín ni arpa, ha venido a acompañarme. Después de cascabelear largo, me ha pedido que le preste libros. Fué hasta mi escritorio, recorrió los armarios, y, llena de extrañeza, después de hacerle una mueca repulsiva a cada libro me pidió «los que yo leía».—Esos son, le dije, sencillamente.—¡Cómo! Brandau, Molina, Ingenieros, Sollier, Binet, Corel, Feré, Le Dantec, Guyau? ¿Dónde están tus versos y tus no-

velas?—Están en mí, mas de lo que yo quisiera,—le dije con pena. Eso leo, no tengo otras cosas. Las pocas que he tenido las presto y no me las devuelven. Madame Bovary, el Inocente, Ana Karenini, han sido mis tesoros, pero no sé donde andan.—Pobrecita—me dijo, entre asombrada e inquieta.—Ahora, comprendo porqué estás así, te va a matar la aridez de todo esto. Yo pensé: muy al contrario, ellos son mis factores de equilibrio; ojalá resequen algo, mi eterna fuente de inquietud.

Se ha ido la amiga bulliciosa y he vuelto a mi constante círculo de análisis. Hay en cada detalle de mi pieza, desde los muebles de rosa hasta los cortinajes azules, el alma de una mujer que siente. Cada cosa tiene una expresión de alma. Yo sé que si me fuera en el silencio de la noche, suspirarían las sedas azules, y los fragantes pomos impregnarían el ambiente de sensación de ensueños. Sin embargo, allí están reflejando otra faz de mi espíritu, los psicólogos, los patólogos, los moralistas. Arido y seco es esto, como régimen, pero yo los especulo queriendo hacer de mi consciente inquietud intelectual el factor fuerza de mi sér. Me exalta Guyau hasta la pasión. No espero rehacerme, pero quiero a través de mí estudiar, prever, lo que pueda ser mi hijo, para desarrollar y cultivar en él todo lo que pueda hacerlo grande. Sólo mi hijo será lo que será gracias a mí. Tengo un espíritu fuerte, pero mi naturaleza está rendida. Sin embargo, fuerzas tendré para ir palpando la tierra con mi propio corazón. Quiero hacerles, con mi alma, el camino a los que vienen.

Verdad que son áridos mis libros. Al dormirme quedan junto a mi almohada. Muchas veces soñando, siento que me golpean violentamente. ¡Ellos! los encargados de libramme del ensueño...

MAGDA SUDERMANN.

Otoño de 1918.